

PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SEGÚN SAN MARCOS 14,1-15,47.

Faltaban dos días para la Pascua y los Ácimos. Los sumos sacerdotes y los letrados pretendían prender a Jesús a traición y darle muerte. Pero decían:

S. -No durante las fiestas; podría amotinarse el pueblo.

C. Estando Jesús en Betania, en casa de Simón, el leproso, sentado a la mesa, llegó una mujer con un frasco de perfume muy caro, de nardo puro; quebró el frasco y se lo derramó en la cabeza. Algunos comentaban indignados:

S. -¿A qué viene este derroche de perfume? Se podía haber vendido por más de trescientos denarios para dárselo a los pobres.

C. Y regañaban a la mujer. Pero Jesús replicó:

+ -Dejadla, ¿por qué la molestáis? Lo que ha hecho conmigo está bien. Porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros y podéis socorrerlos cuando queráis; pero a mí no me tenéis siempre. Ella ha hecho lo que podía: se ha adelantado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura. Os aseguro que, en cualquier parte del mundo donde se proclame el Evangelio, se recordará también lo que ha hecho ésta.

C. Judas Iscariote, uno de los Doce, se presentó a los sumos sacerdotes para entregarles a Jesús. Al oírlo, se alegraron y le prometieron dinero. El andaba buscando ocasión propicia para entregarlo.

El primer día de los ácimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos:

S. -¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?

C. -El envió a dos discípulos diciéndoles:

+ -Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo, y en la casa en que entre, decidle al dueño: «El Maestro pregunta: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?»

Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arregladla con divanes. Preparadnos allí la cena.

C. Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua. Al atardecer fue él con los Doce. Estando a la mesa comiendo dijo Jesús:

+ -Os aseguro, que uno de vosotros me va a entregar: uno que está comiendo conmigo.

C. Ellos, consternados, empezaron a preguntarle uno tras otro:

S. -¿Seré yo?

C. Respondió:

+ -Uno de los Doce, el que está mojando en la misma fuente que yo. El Hijo del Hombre se va, como está escrito, pero, ¡ay del que va a entregar al Hijo del Hombre!; ¡más le valdría no haber nacido!

C. Mientras comían, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio diciendo:

+ -Tomad, esto es mi cuerpo.

C. Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio y todos bebieron.

Y les dijo:

+ -Esta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos. Os aseguro, que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el Reino de Dios.

C. Después de cantar el salmo, salieron para el Monte de los Olivos. Jesús les dijo:

+ -Todos vais a caer, como está escrito: «Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas.»

Pero cuando resucite, iré antes que vosotros a Galilea.

C. Pedro replicó:

S. -Aunque todos caigan, yo no.

+ -Te aseguro, que tú hoy, esta noche, antes que el gallo cante dos veces, me habrás negado tres.

C. Pero él insistía:

S. -Aunque tenga que morir contigo, no te negaré.

C. -Y los demás decían lo mismo.

C. Fueron a una finca, que llaman Getsemaní, y dijo a sus discípulos:

+ -Sentaos aquí mientras voy a orar.

C. Se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, empezó a sentir terror y angustia, y les dijo:

+ -Me muero de tristeza: quedaos aquí velando.

C. Y, adelantándose un poco, se postró en tierra pidiendo que, si era posible, se alejase de él aquella hora; y dijo:

+ -¡Abba! (Padre): tú lo puedes todo, aparta de mí ese cáliz. Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.

C. Volvió, y al encontrarlos dormidos, dijo a Pedro:

+ -Simón, ¿duermes?, ¿no has podido velar ni una hora? Velad y orad, para no caer en la tentación; el espíritu es decidido, pero la carne es débil.

C. De nuevo se apartó y oraba repitiendo las mismas palabras. Volvió, y los encontró otra vez dormidos, porque tenían los ojos cargados. Y no sabían qué contestarle. Volvió y les dijo:

+ -Ya podéis dormir y descansar. ¡Basta! Ha llegado la hora; mirad que el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos, vamos! Ya está cerca el que me entrega.

C. Todavía estaba hablando, cuando se presentó Judas, uno de los doce, y con él gente con espadas y 'palos, mandada por los sumos sacerdotes, los letrados y los ancianos. El traidor les había dado una contraseña, diciéndoles:

S. -Al que yo bese, es él: prendedlo y conducidlo bien sujeto.

C. Y en cuanto llegó, se acercó y le dijo:

S. -¡Maestro!

C. Y lo besó. Ellos le echaron mano y lo prendieron. Pero uno de los presentes, desenvainando la espada, de un golpe le cortó la oreja al criado del sumo sacerdote. Jesús tomó la palabra y les dijo:

+ -¿Habéis salido a prenderme con espadas y palos, como a caza de un bandido? A diario os estaba enseñando en el templo, y no me detuvisteis. Pero, que se cumplan las Escrituras.

C. Y todos lo abandonaron y huyeron.

Lo iba siguiendo un muchacho envuelto sólo en una sábana; y le echaron mano; pero él, soltando la sábana, se les escapó desnudo.

Condujeron a Jesús a casa del sumo sacerdote, y se reunieron todos los sumos sacerdotes y los letrados y los ancianos. Pedro lo fue siguiendo de lejos, hasta el interior del patio del sumo sacerdote; y se sentó con los criados a la lumbre para calentarse.

Los sumos sacerdotes y el sanedrín en pleno buscaban un testimonio contra Jesús, para condenarlo a muerte; y no lo encontraban. Pues, aunque muchos daban falso testimonio contra él, los testimonios no concordaban. Y algunos, poniéndose de pie, daban testimonio contra él diciendo:

S. -Nosotros le hemos oído decir: «Yo destruiré este templo, edificado por hombres, y en tres días construiré otro no edificado por hombres.»

C. Pero ni en esto concordaban los testimonios.

El sumo sacerdote se puso en pie en medio e interrogó a Jesús:

S. -¿No tienes nada que responder? ¿Qué son estos cargos que levantan contra ti?

C. Pero él callaba, sin dar respuesta. El sumo sacerdote lo interrogó de nuevo preguntándole:

S. -¿Eres tú el Mesías, el Hijo de Dios bendito?

C. Jesús contestó:

+ -Sí lo soy. Y veréis que el Hijo del Hombre está sentado a la derecha del Todopoderoso y que viene entre las nubes del cielo.

C. El sumo sacerdote se rasgó las vestiduras diciendo:

S. -¿Qué falta hacen más testigos? Habéis oído la blasfemia. ¿Qué decís?

C. Y todos lo declararon reo de muerte. Algunos se pusieron a escupirlo, y tapándole la cara, lo abofeteaban y le decían:

S. -Haz de profeta.

C. Y los criados le daban bofetadas.

Mientras Pedro estaba abajo en el patio, llegó una criada del sumo sacerdote y, al ver a Pedro calentándose, lo miró fijamente y dijo:

S. -También tu andabas con Jesús el Nazareno.

C. El lo negó diciendo:

S. -Ni sé ni entiendo lo que quieres decir.

C. Salió fuera al zaguán, y un gallo cantó.

La criada, al verlo, volvió a decir a los presentes:

S. -Este es uno de ellos.

C. Y él lo volvió a negar.

Al poco rato también los presentes dijeron a Pedro:

S. -Seguro que eres uno de ellos, pues eres galileo.

C. Pero él se puso a echar maldiciones y a jurar:

S. -No conozco a ese hombre que decís.

C. Y en seguida, por segunda vez, cantó el gallo. Pedro se acordó de las palabras que le había dicho Jesús: «Antes de que cante el gallo dos veces, me habrás negado tres», y rompió a llorar.]

Apenas se hizo de día, los sumos sacerdotes con los ancianos, los letrados y el sanedrín en pleno, prepararon la sentencia; y, atando a Jesús, lo llevaron y lo entregaron a Pilato.

Pilato le preguntó:

S. -¿Eres tú el rey de los judíos?

C. El respondió:

+ -Tú lo dices.

C. Y los sumos sacerdotes lo acusaban de muchas cosas.

Pilato le preguntó de nuevo:

S. -¿No contestas nada? Mira de cuántas cosas te acusan.

C. Jesús no contestó más; de modo que Pilato estaba muy extrañado.

Por la fiesta solía soltarse un preso, el que le pidieran. Estaba en la cárcel un tal Barrabás, con los revoltosos que habían cometido un homicidio en la revuelta. La gente subió y empezó a pedir el indulto de costumbre.

Pilato les contestó:

S. -¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?

C. Pues sabía que los sumos sacerdotes se lo habían entregado por envidia.

Pero los sumos sacerdotes soliviantaron a la gente para que pidieran la libertad de Barrabás.

Pilato tomó de nuevo la palabra y les preguntó:

S. -¿Qué hago con el que llamáis rey de los judíos

C. Ellos gritaron de nuevo:

S. -Crucifícalo.

C. Pilato les dijo:

S. -Pues ¿qué mal ha hecho?

C. Ellos gritaron más fuerte:

S. -Crucifícalo.

C. Y Pilato, queriendo dar gusto a la gente, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

Los soldados se lo llevaron al interior del palacio -al pretorio- y reunieron a toda la compañía. Lo vistieron de púrpura, le pusieron una corona de espinas, que habían trenzado, y comenzaron a hacerle el saludo:

S. -¡Salve, rey de los judíos!

C. Le golpearon la cabeza con una caña, le escupieron; y, doblando las rodillas, se postraban ante él.

Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacaron para crucificarlo. Y a uno que pasaba, de vuelta del campo, a Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo, lo forzaron a llevar la cruz.

Y llevaron a Jesús al Gólgota (que quiere decir lugar de «La Calavera»), y le ofrecieron vino con mirra; pero él no lo aceptó. Lo crucificaron y se repartieron sus ropas, echándolas a suerte, para ver lo que se llevaba cada uno.

Era media mañana cuando lo crucificaron. En el letrero de la acusación estaba escrito: EL REY DE LOS JUDIOS. Crucificaron con él a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. Así se cumplió la Escritura que dice: - «Lo consideraron como un malhechor.»

Los que pasaban lo injuriaban, meneando la cabeza y diciendo:

S. -¡Anda!, tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz.

C. Los sumos sacerdotes se burlaban también de él diciendo:

S. -A otros ha salvado y a sí mismo no se puede salvar. Que el Mesías, el rey de Israel, baje ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos.

C. También los que estaban crucificados con él insultaban.

Al llegar el mediodía toda a región quedó en tinieblas hasta la media tarde. Y a la media tarde, Jesús clamó con voz potente:

+ -Eloí, Eloí, lamá sabaktaní. (Que significa: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?)

C. Algunos de los presentes, al oírlo, decían:

S. -Mira, está llamando a Elías.

C. Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber diciendo:

S. -Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo.

C. Y Jesús, dando un fuerte grito expiró.

El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo:

S. -Realmente este hombre era Hijo de Dios.

[C. Había también unas mujeres que miraban desde lejos; entre ellas María Magdalena, María la madre de Santiago el Menor y de José y Salomé, que cuando él estaba en Galilea, lo seguían para atenderlo; y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén.

Al anochecer, como era el día de la Preparación, víspera del sábado, vino José de Arimatea, noble magistrado, que también aguardaba el Reino de Dios; se presentó decidido ante Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús.

Pilato se extrañó de que hubiera muerto ya; y, llamando al centurión, le preguntó si hacía mucho tiempo que había muerto.

Informado por el centurión, concedió el cadáver a José. Este compró una sábana y, bajando a Jesús, lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro, excavado en una roca, y rodó una piedra a la entrada del sepulcro.

María Magdalena y María, la madre de José, observaban dónde lo ponían.]

COLGARNOS DEL CUELLO DE JESÚS.

El Domingo de Ramos es la única ocasión en todo el año, en que se escucha por entero **«el relato evangélico de la Pasión»**. La celebración de este día comienza **«con Hosana y culmina con Crucificalo»**. Parece un contrasentido, pero no lo es, es más bien **«el corazón del misterio»**. Jesús se entregó voluntariamente a su pasión. **«Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente»**, dijo. Es Él quien **«escrutando la voluntad del Padre comprendió que llegó su hora y la acogió «con obediencia libre de hijo y con infinito amor por los hombres»**.

Aparentemente Jesús fue condenado al mismo tiempo **«por los judíos y por los romanos»**. En su muerte se produjo una extraña coincidencia de **«motivos religiosos y políticos»**, aun cuando la responsabilidad más directa parece recaer sin duda en **«los dirigentes hebreos»** de aquel tiempo.

No obstante queda por explicar **«qué motivo era necesario»** para que Jesús padeciese. El creyente busca por tanto **«otro responsable»** de la muerte de Cristo. Siente que hay un **«acusador implacable a sus espaldas»**, el cual aun antes de su arresto ya preparó a Jesús el cáliz de la pasión. Y es que el Judas que traiciona, el Pedro que niega, Pilatos que se lava las manos, la gente que se calienta con el fuego o que charla, los soldados que se reparten ávidamente la vestimenta del condenado, los ladrones que habían matado..., **«no están solos allí»**. Detrás de cada uno de ellos hay mucha gente y **«estamos también nosotros»**. Estas historias expresan y simbolizan la gran realidad que llevó a Jesús a la cruz: **«Él llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero de la cruz»**

Pero **«el proceso de Jesús sigue todavía»**, si bien en un sentido bien distinto. Su Pasión se renueva en cada discípulo y en cada hombre que **«sufre y es perseguido, como Jesús, por la justicia»**. Y se renueva también en aquel que **«se abandona al pecado»**, prolongando el grito: ¡No a éste, sino a Barrabás! ¡Crucificalo!

Está pues en nosotros la elección de **«cómo queremos entrar en la historia de la Pasión»**. Si **«como Cireneo que se acerca a Jesús»**, hombro con hombro, para llevar con Él el peso de la cruz o si queremos entrar en la pasión **«como Judas, Pedro, Pilatos...»**, aquéllos que **«miraban de lejos»** cómo iban a terminar las cosas.

Desde otra perspectiva en este Evangelio llama la atención la descripción que se hace de la **«traición de Pedro»**, anunciada primero por el propio Jesús en la última cena y descrita por Marcos en todo su humillante desarrollo. Se da la circunstancia de que hoy leemos **la Pasión según Marcos** y Marcos es el evangelista que fue secretario de Pedro y, por tanto, quien tiene un mejor acceso a sus informaciones y recuerdos.

Todo hace pensar, pues, que **«fue el propio Pedro quien divulgó la historia de su traición»**, haciendo una especie de **«confesión pública»**. Y es que **«en el gozo del perdón encontrado»**, a Pedro no le importó nada su buen nombre y su reputación como cabeza de los apóstoles. Su preocupación fue que, ante las previsibles flaquezas, **«nadie más desesperase del perdón»**.

Resulta pues reseñable **«comparar»** la traición de Pedro, negando hasta por tres veces a su Maestro, con la traición de Judas, entregándole a sus enemigos en el Huerto de los Olivos con un beso, traiciones ambas **«preanunciadas por Jesús en el Cenáculo»**. El desenlace de ambas traiciones fue bien distinto. Mientras que Pedro, **«rompió a llorar amargamente»**, Judas, **«fue a ahorcarse»**.

Son historias que nos afectan de cerca. **«¡Cuántas veces hemos hecho como Pedro!»** Nos hemos visto en la situación de dar testimonio de nuestras convicciones cristianas y hemos preferido mimetizarnos para no correr peligros, para no exponernos. Hemos dicho, con los hechos o con nuestro silencio: **«¡No conozco a ese Jesús de quien habláis!»**.

Tampoco la historia de Judas nos es ajena. Judas vendió a Jesús por treinta monedas de plata, pero **«¿quién puede decir que no le ha traicionado, a veces hasta por mucho menos?»** Traiciones, seguramente mucho menos trágicas que la suya, pero agravadas por el hecho de que **«nosotros sabemos, mejor que Judas, quién es Jesús»**.

Tanto Pedro como Judas tuvieron **«remordimientos»** de lo que habían hecho. Judas incluso llegó a gritar **«¡he traicionado sangre inocente! y devolvió las treinta monedas»**. Pero la gran diferencia estuvo en que **«Pedro tuvo confianza en la misericordia de Cristo y Judas no»**.

En el Calvario ocurre lo mismo. Los dos ladrones han pecado igualmente y están manchados de crímenes. Pero mientras uno maldice, insulta y muere desesperado, el

otro grita: **«Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino»**. A lo que Jesús le responde: **«Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso»**. Vivir la Pascua significa vivir **«una experiencia personal de la misericordia de Dios en Cristo»**.

Una vez un niño, al que se le había contado la historia de Judas, con la inocencia y la sabiduría propias de los niños dijo: **«Judas se equivocó de árbol para ahorcarse. Eligió una higuera»**. ¿Y qué debería haber elegido?, le preguntó sorprendida la catequista. **«¡Debería haberse colgado del cuello de Jesús!»**. Tenía toda la razón. Si se hubiera colgado del cuello de Jesús pidiéndole perdón, hoy sería tan honrado como lo es San Pedro.

Conocemos el antiguo **«precepto»** de la Iglesia: **«Confesarse una vez al año y comulgar al menos en Pascua»**. Aunque en los tiempos actuales pueda parecer algo

trasnochado, no lo es. Más que una obligación, **«es un don»**, es un ofrecimiento. Es ahí donde se nos ofrece la ocasión de **«colgarnos del cuello de Jesús»**. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
24 de marzo de 2024

